

Vigésimo segundo Domingo. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Mc 7,1-8.14-15.21-23

Oyendo hoy el evangelio bien podría habernos parecido que apenas tiene algo que decirnos. Poco, en efecto, tiene que ver con nuestros problemas toda esa preocupación de los contemporáneos de Jesús por mantener unas tradiciones antiguas que les exigían limpieza de manos y de utensilios antes de comer. No entendemos bien que Jesús perdiera su tiempo en cuestiones tan insignificantes para nosotros; y si tuviéramos que tomar partido en la discusión, nos inclinariáramos, sin duda alguna, por el grupo de fariseos y letrados que insistían en algo tan obvio como esa norma de buena educación que es comer con las manos limpias. Pero no entenderíamos el evangelio de hoy si lo redujéramos a una simple cuestión de urbanidad, como nos puede parecer: Jesús no se enfrascó en una controversia con los fariseos sólo para liberar a sus discípulos de una norma de buena conducta. Bien entendidas, sus palabras son también para nosotros una llamada urgente a la conversión.

En aquel tiempo, ¹se acercó a Jesús un grupo de fariseos con algunos escribas de Jerusalén, ²y vieron que algunos discípulos comían con manos impuras, es decir, sin lavarse las manos. (³Los fariseos, como los demás judíos, no comen sin lavarse antes las manos restregando bien, aferrándose a la tradición de sus mayores, ⁴y, al volver de la plaza, no comen sin lavarse antes, y se aferran a otras muchas tradiciones, de lavar vasos, jarras y ollas.)

⁵Según eso, los fariseos y los escribas preguntaron a Jesús:

«¿Por qué comen tus discípulos con manos impuras y no siguen la tradición de los mayores?»

⁶Él les contestó:

«Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito:

"Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. ⁷El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos."

⁸Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres.»

¹⁴Entonces llamó de nuevo a la gente y les dijo:

«Escuchad y entended todos: ¹⁵Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; ²⁰lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. ²¹Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los malos propósitos, las fornicaciones, robos, homicidios, ²²adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. ²³Todas esas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Tras haber sido rechazado por sus paisanos (Mc 6,1-6), Jesús se lanza a evangelizar por tierras de Genesaret: envía por vez primera a sus discípulos (Mc 6,7-13) y realiza verdaderos prodigios (Mc 6,30-44.45-53), conociendo un éxito sin precedentes (Mc 6,54-56). Como contrapunto, escribas procedentes de Jerusalén critican la forma descuidada como los discípulos están comiendo (Mc 7,2), sin respetar usos y costumbres tradicionales (Mc 7,5). El narrador tiene que explicar a sus primeros lectores, ajenos a la problemática, el motivo de la discusión (Mc 7,3-4). La respuesta de Jesús, que la versión litúrgica que hoy leemos ha condensado, se centra no ya en cómo comer y conservarse puro sino en qué ser siempre puro, se coma o no. Jesús pasa de la preocupación por guardar una pureza exterior y visible al deber de vivir en pureza de corazón.

Jesús argumenta con acierto. Citando a Isaías, va más allá de cuanto estaba en discusión y desvela que ese afán por comer bien lavados y lavando todo utensilio, no es más que culto vano, 'sin corazón', palabras sin obediencia. Seguro que sus primeros oyentes fariseos se quedaron atónitos y se sintieron maltratados por semejante juicio (Mc 7,7-7). Jesús lo aclara a continuación, haciéndolo aún más grave: dejan a Dios y su voluntad por seguir tradiciones ancestrales (Mc 7,8). Un juicio tan severo y, a primera vista, tan ajeno a la cuestión debatida necesita una explicación, que Jesús no dirige ya a sus críticos sino al pueblo congregado; lo que les dice no es controversia, sino enseñanza; no se trata ya de discutir con buenos argumentos, sino de aceptar con el corazón: nada hace impuro al hombre, es el hombre quien puede hacer impuro todo; a nada tiene que tener el hombre sino a sí mismo, pues en su interior es donde nace la impureza (Mc 7,14-15.23). El hombre tiene que purificar su corazón del hombre, no sus manos.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

La polémica de Jesús con los fariseos nos puede resultar hoy incomprensible, si se olvida la importancia de la pureza ritual en la cultura, y en el culto, de sus días. Tal impureza imposibilitaba el acceso a Dios y condenaba a la marginación social. Jesús desconoce ese sistema, no porque en sí mismo sea nocivo sino porque, en la práctica, libera de la obediencia interior a Dios: aferrarse a tradiciones que no inciden en el corazón del hombre es el mejor modo de desligar el corazón de su Señor. Insistir en cuanto está ya escrito y puede ser leído, hace innecesaria el esfuerzo por llegar a la voluntad del Dios vivo.

La crítica de Jesús es demoledora y, lamentablemente, muy actual. Dios exige pureza donde puede nacer el mal, en la intimidad del hombre. Usos y normas que no fomenten esa pureza de corazón no han de ser seguidos por sus discípulos, por bien vistos que sean por los demás. No es lo que piensan los otros cuanto debe preocupar a los discípulos, sino cuanto quiere Dios de ellos. Atrincherarse en lo que siempre se ha hecho no es una buena excusa para evitar hacer lo que Dios pide hoy.

Los fariseos no eran hombres de educación exquisita sino creyentes serios y muy piadosos. Querían vivir su relación con Dios de forma tan envolvente y continua que deseaban estar siempre en condiciones de entrar en comunión con él: por eso buscaban vivir a diario como si estuvieran en el templo; ello les exigía vivir en un estado de pureza permanente, que no tenían que perder; y para conseguirlo se sometían de buen grado a un sinnúmero de preceptos. No logrando siempre respetarlos, debían necesariamente recuperar esa pureza exterior y contaban con usos y ritos bien concretos para conseguirlo. Como tanto les importaba estar en la presencia de Dios, habían multiplicado las normas que se lo facilitaba. Su intención no podía ser mejor: querían consagrar toda su vida, toda la actividad del día, desde el amanecer hasta el ocaso, a Dios; y ello les obligaba a guardar una disciplina religiosa muy amplia y rigurosa. Entre otros preceptos, estaban los que se referían a las comidas. También comiendo, pensaban con lo mejor voluntad, se podía alabar a Dios, bajo ciertas condiciones.

No se pudieron creer, por tanto, que hombres religiosos, como decían ser Jesús y sus discípulos, no observaran esas normas, al verlos comer con las manos aún sin limpiar. Tomando la defensa de sus discípulos, Jesús acusa a sus críticos: no es malo lo que hacen, pero lo hacen para liberarse de lo que es mejor. Honran a Dios con los labios, pero mantienen su corazón lejos de su amor. El culto que practican está vacío de contenido, porque no ponen sus vidas bajo la soberanía de Dios. Seguramente con la mejor de las voluntades, los fariseos de manos limpias pretendían relacionarse con Dios, pero les importaba menos guardar limpio el corazón. Se defendían de la obediencia a Dios siguiendo caminos trillados, normas de antiguo cumplimiento; por apreciar demasiado lo acostumbrado, lo que se hacía desde siempre, menospreciaban la voluntad siempre nueva de Dios. Seguir la tradición de los mayores era, en este caso, dejar de lado el querer divino.

Los fariseos, como los piadosos de todos los tiempos, somos gente buena., y astuta. Manteniéndonos fieles a lo que se hace siempre, no tenemos por qué molestarse en buscar lo que Dios quiera de nosotros en cada momento. Cumplir con la costumbre nos evita tener que discernir qué es lo que Dios desea hoy de nosotros. Las normas, antiguas o no tanto, son claras y precisas; nos son familiares, todo el mundo las conoce. Su seguimiento exige, pues, poco esfuerzo de discernimiento. La piedad de los buenos fariseos, como la nuestra, es sincera, pero nos convierte en siervos perezosos de su Dios. Por no molestarse en saber qué es lo que Dios quiere de nosotros, cómo desea ser mejor servido, nos refugiamos en cuanto sabemos ha pedido antes o cómo ha sido servido por otros. Jesús critica con fuerza esta ilusión de los piadosos: aferrarse a tradiciones que no cambian el corazón, por mucho que limpien las manos, es un modo hipócrita de servir al Dios que hizo nuestras manos y nuestro corazón. Jesús exige que haya pureza allí donde surge el mal, y no sólo donde se transmite. Quiere limpieza en el origen tanto como en los medios, pero premia la pureza en el corazón más que la limpieza de las manos.

No es tan difícil, ahora, ver qué es lo que Jesús quiere decirnos con esa su defensa de los discípulos de manos impuras. Ciertamente no desea imponer a los suyos simples normas de buena educación: ser cristiano no consiste en estar bien educado. Mucho menos pretende Jesús, aunque lo piensen hoy algunos 'buenos' cristianos, confundir la fe en Dios con las buenas maneras, el culto a Dios con la cultura de nuestro tiempo: inculcar el buen estilo no es el objetivo de un maestro que defendió a unos 'sucios' discípulos. Nosotros, sobre todo los cristianos viejos, aquellos que hemos nacido en sociedades otrora cristianas, nos hemos acostumbrado a confundir el cultivo de usos tradicionales, costumbres o manías, modos de siempre y modas de hoy, que reinan en nuestro entorno, familiar o social, con el culto a Dios: creemos que por ser fieles a ellas, fieles a nosotros mismos, somos fieles a Dios.

No somos demasiado diferentes de los fariseos del tiempo de Jesús: ¡ojalá fuéramos al menos tan piadosos como ellos!. Es tan cómodo sentirnos buenos, sólo porque nos comportamos bien o, mejor aún, tan sólo por no atrevemos a comportarnos mal; creemos que si tenemos limpias nuestras manos, o si los demás no logran verlas sucias, ya tenemos limpio el corazón, que sólo Dios alcanza a ver; nos creemos mejor que los demás, sólo porque ellos nos parecen peores. Y continuando preocupados por la limpieza exterior, no nos ocupamos seriamente en limpiar nuestro corazón. Jesús nos recuerda hoy que Dios no se entretiene en observar lo que le mostramos: Él está interesado en cuanto hay en nuestro corazón; no para mientes en si observamos lo que de siempre se ha hecho, espera de nosotros que busquemos su voluntad y la aceptemos cordialmente.

No deberíamos olvidar la enseñanza de Jesús que le costó un no pequeño enfrentamiento con las autoridades de Jerusalén y los piadosos de su tiempo; razón suficiente para pensar que le interesaba no ya defender a unos sucios discípulos sino mostrarnos dónde se decide la pureza del creyente y, por tanto, la capacidad para entrar en comunicación con Dios. Aunque no sea higiénico, los discípulos de Jesús pueden comer cuando tengan las manos no muy limpias, siempre que mantengan limpio para Dios su corazón. Quien aprende de Jesús, centra todo su interés en cuidar de su corazón, allí donde todos los males y la peor malicia, puede surgirle, allí donde está la fuente de todo pecado. Y porque está ocupado en lo que realmente mancha al mundo, no le preocupa tanto si el mundo le ha manchado las manos. Con tal que el mal no

llegue a su interior, con tal que no le nazca en el corazón, el discípulo de Jesús está libre de toda norma externa; hasta de aparentar ser bueno le ha librado Cristo, si se esfuerza por serlo de corazón.

Quien vive siguiendo la enseñanza de Jesús vive libre de toda tradición y uso, por antiguo y válido que sea, Y es libre, no porque lo desprecie e incumpla, sino porque no lo aprecia tanto como para olvidar que sólo Dios puede serle norma de su vida. Jesús ha librado a sus discípulos de todo lo que no nace del propio corazón. Nada es digno de ser obedecido si blanquea sólo nuestra apariencia y no llega a limpiar nuestro interior. Jesús quiere, sobre todo, librar nuestra intimidad de todo mal y, por eso, desea que sólo Dios ocupe nuestro corazón: entonces todo lo que salga de él será bueno y nuestras manos, aunque algo sucias, serán en realidad puras. No habría que olvidar que solo si puros de corazón veremos a Dios (Mt 5,8).